

## CONCLUSIONES. *LA CULPA SEGÚN SARAMAGO*

Yahvé, Yahvé, Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad, que mantiene su amor por mil generaciones y perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado, pero no los deja impunes; que castiga la culpa de los padres en los hijos y en los nietos hasta la tercera y cuarta generación.  
(*Éxodo* 34, 6)

Para el autor de *O Evangelho segundo Jesus Cristo* el encuentro entre la Antigua y la Nueva Alianza representa ante todo la ampliación universalizante de un marco geográfico pequeño. Aunque con el sacrificio de Jesús ha adquirido más terreno para Saramago, Dios sigue siendo el mismo. Posee el mismo talante hacia su pueblo: no termina de responder a las preguntas de sus criaturas y, generación tras generación, sigue acusando al hombre por un crimen que no cometió o que al menos no recuerda haber cometido. De esta forma, el autor portugués lee *Alianza* como herencia de culpa y ésta como causante de la angustia vital que embarga al hombre.

Jesús cuestiona la naturaleza de la culpa<sup>223</sup>, y es éste el motivo por el que al autor le interesa que observemos las experiencias y escuchemos el mensaje de Jesús. El hijo de Dios no parece encontrar las respuestas que busca; tan solo pagará las consecuencias de la culpa. Su muerte inocente en la Cruz constituye un intento desesperado no de anular la culpa, pero sí de evitar su perpetuación.

Este escritor portugués vuelve sobre la historia evangélica para someterla a revisión, así como también para reexaminar la totalidad de las Escrituras y la propia tradición cristiana. Uno de los medios más sobresalientes a través de los cuales construye su relato es la adopción de una técnica interpretativa propia de los textos apócrifos: la exégesis midrásica. Esto lo logra el autor empleando una *historiografía creadora* que reinterpreta en clave de ficción los capítulos evangélicos. Por otra

---

<sup>223</sup> «O que quero saber é sobre a culpa... Falo de culpa em geral, mas também da culpa que eu tenha mesmo não tendo pecado directamente», *idem*, p. 211.

<sup>224</sup> La recompensa de la eternidad y su puesto a la diestra de Dios tiene mayor semejanza con la solución que encuentra el Job apócrifo.

parte, hace uso de diversos recursos *derásicos* tales como la paráfrasis bíblica y la interpretación alegórica, dibujando una tipología inspirada en textos bíblicos y parabíblicos.

Al igual que la representación de los dos personajes principales –José y Jesús– también la forma en la que se estructura la novela hace eco del *Libro de Job*: Dios aparece en la vida de los protagonistas y comienzan las desgracias para ellos. En el momento final vuelve aparecer; se reconcilia públicamente con la víctima inocente y le da una recompensa (en esta novela el premio para Jesús será la gloria y el poder después de su muerte<sup>224</sup>). En este contexto, la aparición de la figura de un *Satán* –tanto si se toma como *maligno* o como *fiscal*–, igual que en el *Libro de Job*, resulta obligada, aunque su papel sea muy diferente.

Este relato veterotestamentario, de la misma forma que otros muchos, se hilvana dentro de la narración. Sin embargo hay un elemento que se destaca de forma paralela al texto bíblico: la descripción detallada de la *sintomatología de la angustia*, provocada en el *evangelio* de Saramago por el sentimiento de la culpa.

La culpa se equipara con la angustia, entendida como: «sentimiento vital asociado a situaciones apuradas, a tensiones psíquicas, a desesperación, que presenta la característica de pérdida de la capacidad de dirigir voluntaria y razonablemente la personalidad»<sup>225</sup>. Saramago se remonta a los orígenes de esta angustia. En el Job de la Biblia se debía a un sufrimiento inmerecido, en el Jesús de la novela a un sufrimiento heredado. Job cuestiona el motivo de su culpa. No puede aceptar el hecho de que, a pesar de ser un hombre justo y cumplidor de los mandamientos divinos, tenga que sufrir. Tanto en este libro como en la lectura de la vida de Jesús que realiza José Saramago, el sufrimiento está directamente relacionado con la imposibilidad de encontrar respuestas.

Como en el *Libro de Job*, el relato del autor lusitano pasa revista al mal que acontece en el mundo y que es permitido por un Dios todopoderoso<sup>226</sup>. Como vimos al analizar la simbología atribuida al Dios bíblico, el monarca divino cubre su mirada ante el llanto de los niños y ante los crucificados en Séforis. Permite que Herodes abuse de su poder para cometer actos de absoluta crueldad y no sufre por ello ningún remordimiento<sup>227</sup>. Éste es un mundo en el que los más humildes son los que soportan el peso de la maldad<sup>228</sup> y de las injusticias.

Sin embargo, frente a otras novelas como *Levantado do Chão*, Saramago insiste en el mal que proviene de creer en un dios que se caracteriza primordialmente por fomentar el sentimiento de culpa en sus criaturas. La culpa aparece en este *evangelio* moderno como un lobo que devora y que vomita, que primero se ocupa del padre

<sup>225</sup> Kaufmann, Pierre (ed.), “Angustia”, *Elementos para una enciclopedia del psicoanálisis. El aporte freudiano*, Buenos Aires, 1996.

<sup>226</sup> «Gimen los moribundos en la ciudad, los heridos piden socorro, pero Dios no escucha su oración», Jb 24,12

<sup>227</sup> «Los malvados arrancan del pecho al huérfano y toman en prenda la comida del pobre», Jb 24, 9

<sup>228</sup> «Andan desnudos, sin ropa, hambrientos, cargan gavillas; exprimen aceite en la prensa, sedientos, pisan en el lagar. Duermen desnudos, sin ropa, sin cobertor, pasan frío», Jb 24, 10.

y más tarde del hijo. Se asemeja a una herida, que de similar forma a la de Jesús, nunca termina de cicatrizar<sup>229</sup>.

El delito de José, como a Job su enfermedad<sup>230</sup>, le provoca a este personaje la alienación, la cerrazón y la soledad. Pero en el caso de José se insiste aún más en que es la sociedad la que le separa de sus seres queridos, de la palabra de consuelo de María a la que se le ha prohibido intervenir en los *asuntos de los hombres*. El sueño de José, que no tiene fin y nunca termina de mostrarle las razones de su sufrimiento, le provoca una constante sensación de angustia<sup>231</sup>. Esto, a su vez, le lleva a tomar una decisión radical a su situación límite: la búsqueda de su propia muerte<sup>232</sup>.

La situación de Jesús es diferente: primero, porque, como ya comentamos, él sí sale a buscar respuestas. Jesús, como heredero de la culpa, se pregunta por qué debe sufrir a causa de ella. A pesar de esto, la angustia de la culpa le hace negar su filiación con José y su familia y negarse a luchar por su propia felicidad<sup>233</sup>. Será el encuentro *casual* con María de Magdala y el hecho de compartir con ella su vida y sus sentimientos –oportunidades de las que había carecido José– lo que le hará reconciliarse con su padre muerto y tomar contacto con el mundo real. No obstante, la persistencia tanto de la herida como de la pesadilla es una consecuencia de su Alianza con Dios<sup>234</sup>, pues no puede dejar de responder por la deuda contraída con su Padre Celestial. Esto le hará separarse e incluso enajenarse de sus más allegados.

José Saramago acusa a la religión de ser un *mal moral* que ataca al hombre y pone sobre sus hombros *culpas* de las que él no ha sido partícipe. Es lo que los psicoanalistas a partir de Freud han calificado como *angustia de conciencia ante el superyo*, que difiere de la *angustia real* ante el mundo exterior<sup>235</sup> y que se trasmite, según Lacan, a través del lenguaje mismo. Gracias a esta lectura, queda más claro el papel de las mujeres en la novela: son portadoras de la culpa y víctimas indirectas

<sup>229</sup> «la lógica correlativa no encuentra expresión más significativa en la confesión sincera y de plena conciencia, sino bajo el disfraz de actitudes neuróticas y situaciones psicóticas que indican la vigencia de procesos inconscientes... lo que desemboca en el desasosiego y la enfermedad» “Culpa”, Kaufmann, *op. cit.*

<sup>230</sup> «A mi mujer le repugna mi aliento, y mi hedor a mis propios hijos», Jb 19, 17

<sup>231</sup> «noches de agobio me tocan en suerte» Jb 7,3; «Al acostarme pienso: ¿Cuándo llegará el día? Y al levantarme ¿Cuándo se hará de noche? Me harto de pesadillas hasta el alba...» Jb 7, 4.

<sup>232</sup> «¿Me quedan fuerzas para aguantar? ¿tengo una meta a la que aspirar? ¿Es mi fuerza la de las rocas? ¿es mi cuerpo de bronce? Ya no sé dónde apoyarme, estoy aislado sin ayuda.» Jb 6, 11-12; Cf. «Ante una visión tal, que reconduce al sujeto a la agresividad originaria del *es yo o el otro*, se reconoce el riesgo sintomático de la intención suicida, a menos que la angustia logre elaborar psíquicamente, permitiendo relativizar el alcance del ideal en el curso de un trabajo de duelo» “Angustia”, *op. cit.*

<sup>233</sup> «La conciencia culpable ... se presenta en la escisión del yo melancólico en una acusador (que reprocha al objeto de amor) y acusado (que vuelve sobre sí mismo, bajo la forma de autorreproches, las quejas que apuntan al objeto desaparecido)» “Culpa”, *op. cit.*

<sup>234</sup> «La idea de la herencia colectiva de una culpa originaria –sobre la cual toda la sociedad, en especial la sociedad religiosa, puede, abusivamente, fundamentar sus recursos represivos– encuentra entonces expresión en la categoría de la deuda, de algún modo semánticamente vecina a la de la falta, pero que, según pertenencia más específica, puede comprenderse como ‘la deuda simbólica por la cual el sujeto es responsable en tanto es sujeto de la palabra’ (Lacan), que lo convierte en deudor ante la ley introducida por el lenguaje en el origen de los tiempos históricos», *idem*.

<sup>235</sup> *Ibid.*

de ella. Aunque conocen mucho mejor lo *real*, no participan en el *lenguaje* y, por consiguiente, no pueden intervenir en el desarrollo de los acontecimientos.

En *Moisés y la religión monoteísta*, Freud arguye que el sistema religioso judío insiste en una culpa o pecado de conciencia del hombre en relación a su Dios. No nos extenderemos sobre las ideas defendidas en ese ensayo, entre otros motivos porque es una obra ampliamente conocida. Lo importante es apuntar cómo Saramago, a través de la idea de *Alianza*, acusa al cristianismo —heredero del pecado de Adán— de ser perpetuador del sentimiento de culpa y denuncia a la Iglesia por haber manipulado este sentimiento a lo largo de la historia como mecanismo de control social<sup>236</sup>. El novelista portugués, no sólo en esta relato sino también en otros muchos, se detiene de manera especial en el efecto que la culpa tiene en los más humildes como víctimas propiciatorias de los pecados de los poderosos.

A lo largo del presente estudio, hemos tenido oportunidad de comprobar la forma en la que Saramago transforma la historia bíblica para proponer una interpretación completamente nueva, y a la vez divergente, de la vida de Jesús. Este personaje constituye un mitotema que recrea el pasado del hombre y el punto de inflexión sobre el que se construye la historia de Occidente. Para ello, como ya hiciera con personajes como *João Mãe Tempo*, el autor lusitano opta por la recreación de la imagen heroica de un hombre que lucha por subvertir un orden excesivamente pesado para sus frágiles espaldas.

A pesar de que esta novela sobre Jesús se escribió en 1991 y se acerca cronológicamente más a los ejemplos *menos ortodoxos* de autores como Gore Vidal<sup>237</sup> o A. J. Langguth<sup>238</sup>, es interesante comprobar cómo en muchos aspectos exhibe una similitud mucho mayor con novelas sobre Jesús anteriores a las que se escriben a partir de los años 60. Sobre todo existe una particular semejanza entre esta obra y las de autores como George Moore<sup>239</sup>, D. H. Lawrence<sup>240</sup> y Nikos Kazantzakis<sup>241</sup>. En *O Evangelho segundo Jesus Cristo*, como en las novelas de los autores mencionados, se nota una enorme simpatía y afecto hacia la figura de Jesús. Su persona se representa ante todo como un héroe, un héroe del amor y de la entrega a los demás, una persona especialmente capacitada para amar. No se alega en contra de la existencia de Jesús, sino que en cierta medida se insta a creer en Él y a ver en su mensaje de amor algo sublime. Sin embargo, en todas estas obras, Jesús es un *hombre* no solamente supremo, sino también aislado, incomprendido y, en gran medida profundamente infeliz. Estos autores quieren darle a Jesús la oportunidad de amarse a sí mismo y amar a alguien más, de experimentar cómo el amor extremo espiritual se

---

<sup>236</sup> «Se apoderó de todos los pueblos del Mediterráneo como malestar oscuro, como un presentimiento de desdicha cuya razón nadie podía explicar», S. Freud, *Moisés y la religión monoteísta*, Buenos Aires, 1960, p. 54.

<sup>237</sup> Gore Vidal, *Live from Golgotha*, New York, 1992.

<sup>238</sup> A. J. Langguth, *Jesus Christ*, London, 1968.

<sup>239</sup> George Moore, *The Brook Kerith. A Syrian Story*, Edinburgh, 1916.

<sup>240</sup> David Herbert Lawrence, *The Man Who Died*, New York, 1936.

<sup>241</sup> Nikos Kazantzakis, *Ho Teleutaios Peirasmos*, Atenas, 1955.

puede materializar como un sentimiento mucho más concreto y terrenal. En varias de estas novelas se pretende compensar a Jesús por su gran amor otorgándole un contacto más íntimo con su propio cuerpo, al que tradicionalmente renunciaba. En estos textos, Jesús se encuentra ante un dilema, en medio de una batalla entablada por un gran panteón de dioses. En todos los casos, se hace mención de elementos y referencias mitológicas y motivos recurrente ligados al politeísmo, y a un enfrentamiento –en cierta medida como la guerra de Troya– entre divinidades occidentales (incluyendo la judía) y dioses africanos u orientales. En un bando, está el Dios profético y lejano, y en el otro, un Dios mucho más cercano y familiar (Kazantzakis, Lawrence), más unido a la Naturaleza (Moore), y apegado a lo terrenal (Saramago). El primero de estos dioses representa lo patriarcal<sup>242</sup>, el sacrificio, la renuncia y la infelicidad. Sin embargo, promete como recompensa la inmortalidad. El segundo, en cambio, es una divinidad, que como el Pastor de Saramago, la diosa Isis de Lawrence, o el niño negro en Kazantzakis, se complace con el contacto físico entre las personas. Representa no sólo el apego a la tierra<sup>243</sup>, sino también el concepto de la fertilidad y de la resurrección como un retorno a lo telúrico<sup>244</sup>. Jesús debe escoger en todos estos casos entre la fidelidad a su dios o la realización de su propia dicha.

Sin embargo, en la obra de Saramago, como en las de Graves o Kazantzakis, el dios profético el que vence a los demás y el sacrificio de su hijo en la Cruz es el instrumento que le lleva a esa victoria. En el caso de Kazantzakis, Jesús elige voluntariamente, opta por una muerte que le proporciona la transcendencia y la inmortalidad. En las otras novelas, por el contrario, su muerte es en el fondo la consecuencia de la *manipulación divina*.

El *apócrifo contemporáneo* de José Saramago se acerca a las fuentes bíblicas para llevar a cabo un ejercicio exegético ciertamente osado que trastoca o desmonta los presupuestos de la tradición bíblica, valiéndose de elementos y giros *midrásicos* presentes ya en la propia tradición escriturística y apócrifa. La división maniquea entre el Bien y el Mal que caracteriza a muchos de los apócrifos de la Antigüedad se mantiene, pero en la novela del escritor portugués lo celestial se transforma en diabólico, la transcendente en terrenal, y Jesús en un hombre común pero al mismo tiempo profundamente desconocido.

En los textos apócrifos antiguos, una de las preguntas clave es el por qué de la existencia del Mal en el mundo y el motivo que lo originó: el Hombre y el Maligno debido a su arrogancia son los culpables de la entrada de la maldad en el mundo. En la novela de José Saramago, se culpa a Dios y a las sociedades en la que su doctrina se ha extendido de ser los causantes de la injusticia y el sufrimiento. A pesar de

<sup>242</sup> En este sentido podríamos incluir a la novela de Graves

<sup>243</sup> En la novela de Kazantzakis el personaje del *negrito* se mueve como *una serpiente*, apegado a la tierra; de similar forma que el Pastor de Saramago es a ella a la que se dirige a la hora de realizar sus plegarias.

<sup>244</sup> Esta es la resurrección de Jesús para Moore y Lawrence. En Kazantzakis la resurrección de Lázaro, que *«huele a tierra»*, es una anticipación de la resurrección de Jesús en su tentación. De hecho Jesús ocupará el lugar de éste entre sus hermanas.

que el escritor portugués no halla una solución a la cuestión de la angustia existencial del ser humano y al problema de la presencia del Mal y al dolor en el mundo, lo que no puede negarse es que *O Evangelho segundo Jesus Cristo* es una de las más sobresalientes narraciones de ficción escritas sobre la vida de Jesús.